

Una historia social y política del mundo del trabajo y los trabajadores

(A social and political history of work and workers' word)

Debate

Moderador: Mikel Aizpuru. UPV-EHU. Vitoria-Gasteiz

Carmelo Urdangarín: Me ha llamado la atención que no haya hecho ninguna consideración sobre la evolución tecnológica, es decir, los cambios en los modos de producción, teniendo en cuenta lo que influye a su vez en las condiciones de trabajo y la cualificación de los trabajadores y, en suma, en su vida.

Pere Gabriel: El que no haya hecho una referencia muy explícita -implícita sí, dos veces- no quiere decir que no le dé una importancia decisiva. Cuando hablo, por ejemplo, de los tiempos largos en Historia, uno de los elementos a considerar es la evolución en el campo tecnológico, porque nos puede marcar etapas en la del mundo del trabajo y los trabajadores, de lo que se exige y pide, de la misma cultura del trabajo. Una cuestión de mayor calado polémico es si estos cambios tecnológicos fuerzan otros en los comportamientos de los trabajadores o localizaciones de las empresas, o si son los empresarios quienes usan aquéllos para introducir determinado tipo de situaciones. El debate no radica sólo en la importancia - en cada caso, momento o época- de esas innovaciones, sino también en ver quién las instrumentaliza y en qué direcciones.

José Carlos Enríquez: Yo querría plantear una cuestión que creo central en tu ponencia: la cultura política. Reconozco que es clave, pero no has estructurado su proyección. Lógicamente, para los contemporaneístas su dinamicidad es evidente; pero en términos preindustriales la complejidad es todavía mayor. Juega un poco con los elementos clave que pueden articular esa propuesta, y desarróllala en concreto.

Pere Gabriel: Es normal que cualquier intervención no pueda resolverlo todo, y mucho menos coger cada término importante -éste lo es- e intentar desarrollarlo. Mi análisis, desde un punto de vista argumental, está muy basado en la sociedad ya industrial, burguesa capitalista. Las realidades anteriores exigirían otros términos, y no ha sido mi intención hacerlo. Dicho esto, sí te puedo avanzar algunos elementos que considero básicos en el juego de la cultura política. El término, que es ambiguo, se definiría desde las formulaciones de distintas y muy diversas instancias sociales que se van articulando a lo largo de un tiempo y que permiten, de manera más o menos coherente y codificada, interpretar tres o cuatro grandes temas: la sociedad; el papel en ella de los individuos, o de determinados sectores, según el caso; y avanzar en la sistematización de una serie de valores en definitiva morales, esto es, de comportamiento, en un sentido más antropológico. Ese planteamiento intenta, primero, romper la identificación de cultura política con la adhesión a un programa de partido o a una ideología muy concreta; iría más allá. Quiere entrelazar -y no siempre es fácil- conceptos de la palabra "cultura" más o menos antropológicos, ideológicos y, en cierto sentido, también organizativos. Entendido así, con estas dosis de ambigüedad, me refiero a que si se toma una situación muy concreta y muy pocos individuos, podemos encontrar que cada uno piensa de una manera distinta, con diferentes respuestas a la situación; si cogemos un momento, este individuo puede cambiar de opinión al cabo de unos meses. Por tanto, esta consideración de cultura política obliga a un análisis de tiempo largo y muy colectivizado, muy globalizado, muy socializado; no individualizado, se usen los mecanismos que se usen; y no dejará de ser una apuesta interpretativa del historiador. ¿Maneras de aproximarse a esta cultura política? Muchísimas. Por poner ejemplos contrastados: desde las opiniones vertidas en cartas y epistolarios personales hasta el uso de la literatura leída o no leída, el teatro, o los comportamientos políticos concretos en determinadas ocasiones. No sé si respondo: es algo muy difícil de hacer en unos minutos.

José Carlos Enríquez: Tú mismo admites las dosis de ambigüedad; y jugar con ella no nos conduce a ninguna parte.

Pere Gabriel: Yo creo que sí. Aquí tendríamos una discusión importante.

José Carlos Enríquez: Yo soy un historiador pre- y protoindustrial, y sí creo que es necesario introducir todo el juego de la cultura política en la formación de los sistemas morales y naturales de los artesanos vascos y europeos [*P. Gabriel asiente*], porque está ahí; lo que pasa es que los historiadores -sobre todo, los vascos- no lo vemos. Pero con independencia de eso: el juego de las dosis de ambigüedad es peligroso.

Pere Gabriel: Si me permites, te voy a devolver la pelota: ¿me dices tú, en dos minutos, qué entiendes por cultura política?

José Carlos Enríquez: Es que tú no la has definido.

Pere Gabriel: No, claro.

José Carlos Enríquez: En concreto, para el mundo artesano, veo que sería necesario empezar con una palabra llave, que no quiero decir que sea determinante y decisiva: la cultura del oficio. El oficio es un juego estructural que conlleva un proceso de vivencias a lo largo del tiempo; que conduce inevitablemente, día a día, a tener una relación con las cosas que produces y con los agentes con que te relacionas. La política no es: "El Ayuntamiento ha decretado que los oficiales por las noches no salgan con las mozas, a partir del toque de queda de la oración angelical". La respuesta de los oficiales, o de los aprendices, en esta o en aquella villa, sí puede tener una referencia política; pero yo creo que eso es un aspecto secundario de la cultura política del oficio. Esa cultura es secuencial; se refleja en términos de flujo, nunca de stock. Sabemos muy poco de la cultura artesana agremiada, del papel de la corporación como instrumento de consenso y de práctica de gestión administrativa municipal. Tú reivindicas -y estoy de acuerdo- la historia local como esa proyección inevitable en la medida en que coordina a una región, y después a una macrorregión, y después a un estado. Necesitamos cientos, miles de investigaciones de historia local, regional y nacional. Y algo importante: los historiadores vascos -no hablo de los catalanes, porque viven en otros parámetros- nos miramos mucho el ombligo.

Pere Gabriel: Estoy totalmente de acuerdo en la importancia de la cultura de oficio; pero te haría notar que no se agota en las situaciones preindustriales. Como la cultura de economía moral, es pieza clave para intentar formular en qué contexto de cultura popular se puede mover un sector. Fíjate, de todas formas, en que me estás hablando de un aspecto concreto; la cultura política puede tener otras manifestaciones. Ya iremos haciendo los estudios locales; está bien claro que se necesitan, no hay que preocuparse por eso.

José Carlos Enríquez: Estoy básicamente de acuerdo contigo. Sí me parece importante que lo que has señalado formará parte de nuestro currículo investigador: la cultura política artesana, proletaria, en la medida en que también somos historiadores que tenemos perspectivas de una sociedad más justa.

José M^a Tápiz: Vaya por delante que yo no soy especialista en historia del trabajo; colateralmente, por mi línea de investigación, me he visto obligado a entrar en ese terreno. Mi pregunta quizá sea un poco extraña y no tenga contestación. Me gustaría saber si hay estudios sobre el mundo del trabajo en relación con tres variables: con la inmigración -con lo que conlleva de desarraigo-, con la juventud o vejez de la gente ácrata, y con el nivel de vida de las personas en relación con el compromiso político o sindical del sujeto de estudio. Pongo un ejemplo, porque puede ser más clarificador. Una persona joven, con tiempo libre y con pocos compromisos familiares, etc., desvinculada de su realidad social y natural en el sentido de que es inmigrante, y con un nivel de vida suficiente, puede ser muy activa a la hora de

tomarse en serio un compromiso político o sindical, de la opción política que sea; y si no es uno, sino muchos más, eso puede dar quizá una explicación más profunda de la acción de determinados partidos o sindicatos a la hora de proyectarse y conseguir adeptos.

Pere Gabriel: En el caso catalán, que evidentemente conozco más, esta problemática se ha convertido en tópico, en la medida en que en Cataluña, hasta hace muy poco, en la militancia obrera dominaban anarcosindicalistas, como es sabido. Una de las explicaciones clásicas buscaba relaciones con las inmigraciones y la juventud de las militancias; no con la formalidad con que lo planteabas tú, pero sí de una manera indirecta, como elementos de reflexión y búsqueda de razones de una determinada implantación sindical. Esta discusión vendría de muy lejos. Pero creo que es mucho más interesante lo que está sucediendo en los últimos años, a través de la consideración, más detallada y cercana, no directamente de la militancia sindical sino de la construcción de determinados barrios (y situaciones) populares y obreros en varias ciudades, y en épocas distintas, de Cataluña. Te puedo citar tres o cuatro ejemplos ambiciosos y, como sucede en estos casos, que no están aún terminados. Uno se refiere a un barrio de Barcelona actual, Sant Martí de Provençals; lo hace Teresa Mirri, que ha publicado un libro corto y artículos en esa dirección, y está centrado en el último tercio del siglo XIX, que es cuando el barrio crece. Hay un trabajo más ambicioso para el siglo XX, de entreguerras -años 20-30- sobre todo, en Barcelona; lo lleva a cabo un especialista de historia urbanística de la arquitectura, profesor de la Escuela de Arquitectura, José Luis Oyón. Consiste en analizar todas las migraciones y movimientos de población y luego intentar relacionarlos, de manera un tanto sofisticada, con las variables políticas y sindicales, en distintos barrios de la ciudad. Está publicado por el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, dentro de sus monografías, en el libro titulado "La vida política y social de la Barcelona entreguerras". Otro tipo de aproximación es parte del análisis de los sectores laborales y concretos. Está casi terminado un trabajo muy bueno sobre el textil, basado en fuentes de empresa. Se buscan todos los datos que dibujan la realidad sociológica del trabajador de aquella empresa en cada momento: dónde vive, cuándo ha llegado a la empresa, dónde ha nacido, etc.; es decir, desde las grandes empresas -en este caso-, se trata de hacer mapas de localización, de matrimonio, de relaciones de parentesco dentro de la fábrica, etc., con consideración histórica política. Su autor es Carles Enrech. Cristina Borderías también ha trabajado en esa dirección. Por tanto, no es un tema tan extraño, sino que está sobre la mesa. Pero, que yo sepa, no existe una síntesis.

Carmelo Urdangarín: Querría destacar lo que has planteado de la convivencia del trabajo artesanal e industrial. El País Vasco es especialmente rico en eso. Aquí no se da sólo el artesano que cada vez es menor -evidentemente lo es el trabajo artesanal-, el artesano que no tiene otra salida, mayor, dicho con todo respeto: residual, que fabrica productos muchas veces con distinto uso de aquél para el que se hicieron anteriormente; me estoy acordando del que hace faroles de barcos, o productos de ese tipo, que hoy se destinan a objetos de adorno. Pero también hay gente que convive con los procedimientos industriales, y bastante bien: hay fabricantes de papel por métodos absolutamente artesanales y consiguen convivir. Además, se dan en sectores, y me estoy acordando del de armas largas, en que en una gran parte del proceso productivo siguen estando presentes los procedimientos artesanales; es más: son los únicos. Y hay otros procedimientos industrializados que perviven ahí, en la mitad; por ejemplo, en la construcción de máquinas-herramienta el rasquetado sigue haciéndose artesanalmente, y no hay nada que modifique eso. Incluso hay algunas fábricas en Europa, de máquinas-herramienta en concreto, cuyo eslogan publicitario, su gran argumento para la venta, es que están hechas por tales procedimientos.

Enriqueta Sesmero: Sobre esta coexistencia del trabajo artesanal, o más bien cualificado -ya no lo sabemos muy bien- en el siglo XIX, con el industrial, querría pedirte que dieras unas líneas breves sobre las últimas aportaciones en Cataluña. Acercándome desde el estudio del carlismo, me di cuenta de que había personajes que tenían una gran importancia, primero, porque en la construcción del sistema social que se estaba gestando para la industrialización tenían una colaboración muy importante y muy activa no como parte residual del pasado, sino con una plena vigencia que se planteaba como una coexistencia funcional muy práctica, que no solamente era económica: desde un punto de vista social, estaba sirviendo para conformar una capa, digamos, de burguesía pequeña o pequeño-media, que por un lado reforzaba a cierta élite, y que estaba deliberadamente utilizada por fuerzas conservadoras, no solamente carlistas, para tratar de menguar el conflicto social (que le saliese bien o no es otro asunto), y trataba de utilizar un reforzamiento de las relaciones de pequeño taller, tomando también, como “lobo”, a la Internacional y al desarraigo en la fábrica y las minas, etc., para menguar la conflictividad social, que se preveía que en la cuenca de Bilbao iba a ser muy grande.

Pere Gabriel: El tema está en muchas investigaciones de muchos sitios; no descubro nada. Yo quisiera insistir en algo que he dicho antes y que a lo mejor no he sabido explicar bien. Intentaba contraponer -un poco sería como comentario a tí, Carmelo- no tanto el hecho de que coexistan y de que se pueda mantener a lo largo del tiempo esta coexistencia, sino discutir lo que eso tenía de interpretación sobre la evolución de la sociedad, porque determinadas interpretaciones tienden claramente a coger este punto de la aparición del trabajo industrial, por decirlo así, como una especie de vara de medir la modernidad de la sociedad capitalista, y contra eso yo intentaba combatir, de alguna forma. A mí me sale en muy pocos sitios eso. Lo que sí acostumbra a salir, con los cambios de las formas de trabajo artesanal y resituaciones del trabajo del pequeño taller, es la coexistencia de las dos situaciones. El comentario iría a insistir no sólo en la forma de trabajo sino también en el papel social de quien está en el pequeño taller, o en un trabajo más cualificado, menos proletario en el sentido de peonaje.

En cuanto a las aportaciones, lo mejor que se ha hecho serían los libros que hablan sobre la primera mitad del siglo XIX, como pasa siempre. Creo que uno de los grandes temas pendientes -lo he dicho de pasada antes- es que cuando uno se descuida parece que el tema artesanal es sólo o de preindustriales, o de la primera fase de lo industrial, y luego parece que ya no es central. En Cataluña hay dos o tres estudios (el último es de Ginès Barnasella, de la editorial Eumo), pero están centrados en aquel período. En un sentido más continuado -y me incluiría ahí, en este caso-, estamos trabajando esto precisamente desde la historia político-social, no desde el análisis directo del artesano en concreto. Los caminos son básicamente o bien la bibliografía que antes comentaba, de la historia por sectores, que por ejemplo si uno quiere situarse no ya sólo a principios del siglo XIX sino a finales y comienzos del XX, para Carles Enrech es un tema central de todo el análisis, y está hablando de las grandes empresas, medianas, de “La España Industrial”; o, por el otro lado, desde la historia ya directamente política, no tanto de sector, así, el análisis de los comportamientos del nacionalismo catalán o del republicanismo. Por ahí hay mucho. Lo que no existe, que yo sepa, es un trabajo que directamente diga: “Artesanos y...”.

Enriqueta Sesmero: Hay tan poco sobre períodos centrales del XIX, de la época isabelina...

Pere Gabriel: En el caso catalán -yo no sé si os pasa aquí en el País Vasco, y me temo que también- las décadas centrales del siglo XIX son terribles: nadie las ha trabajado, y son fundamentales desde el punto de vista de la consolidación de estas culturas políticas de que antes yo hablaba. Creo que el momento crisol, el momento de concreción de las culturas políticas de toda la segunda mitad del XIX va de 1843 al 68, muy concretamente.

José Antonio Pérez: Me ha sorprendido un tanto la reivindicación que haces de la historia social y política del mundo del trabajo, porque en los últimos quince o veinte años sí hemos asistido a una despolitización de su análisis. ¿Hasta qué punto crees que ese proceso, que yo creo que es bastante constatable, fue fruto de las críticas tremendas de principios de los años 80 -por recordar los trabajos de [Manuel] Pérez Ledesma y [José] Álvarez Junco, o artículos similares en los que se arremetía con tanta fuerza contra esa historia militante que había habido, en especial del mundo obrero? Y, al hilo de ese mismo argumento: si toda esa provocación que llevaba implícita y explícita ese tipo de artículos se ha visto realmente respondida por una renovación desde los estudios de la historia del trabajo, o ha quedado en ciertas promesas incumplidas, como se decía en otro punto.

Pere Gabriel: Esto de hablar de los amigos no presentes siempre es complicado; pero, en fin... Voy a aprovechar tu observación para simplemente volver a insistir en cosas que quizá no he dicho con mucha claridad. Primero, creo que en la revisión que se planteó en los años 80, en la cual yo estaba también -aquí no se trata de esconderse en absoluto- cometimos, quizá otros más que yo, un error muy típico, en el fondo, de cualquier joven profesional, que consiste en: tú dices lo que quieres que diga el otro para poder decir que tú haces lo contrario. Dicho de otra forma: si tú quieres de alguna forma decir que vas a plantear un tipo de historia no política, dices que todo lo que hacen los otros es historia política, y evidentemente luego te sale otra cosa. De otra manera: se actúa planteando la cuestión con un cliché, que además es importado. Creo que parte de las críticas que se hacían -que hacíamos a principios de los años 80, a la historia militante del movimiento obrero, eran la traducción literal de un artículo del año 75 de [Eric] Hobsbawm, sin más; y él no estaba hablando de la historiografía española, claro. ¡Qué más quisiéramos que haber tenido una historia institucional o una historia "encerrada en sí misma" del movimiento obrero, si aún no teníamos ni un diccionario de obreros! Pienso, de todas formas, que tuvo alguna virtud: la de establecer un puente con lo que se estaba discutiendo fuera y, en el fondo, reforzar, por un lado, la asunción de metodologías disciplinares y, por otro, la ampliación del abanico temático a la hora de realizar estudios; y, por tanto, fue positiva en el sentido de llamar la atención sobre esas cuestiones. Pero se hacía una injusticia considerable a lo que significaba la historiografía concreta, a lo poco que había en España; y no toda la bibliografía era ni mucho menos militante, sobre grupúsculos revolucionarios, por ejemplo. Hay algo de cierto en que siempre es mucho más fácil decir cómo han de ser las cosas, que hacerlas. Incluso hoy siento un poco de incomodidad, porque cuando empiezas a hacer reflexiones generales parece que estás marcando caminos, y de lo que se trata es de hacer trabajos concretos, y a partir de ahí. Yo aprovecharía la segunda cosa en el sentido de que, quizá con exceso de vehemencia, mis exigencias a la historia local monográfica (que conste que yo también hablo de monográfica, no sólo local), mi llamamiento en esta dirección viene a responder a eso: ya están bien las visiones de conjunto, pero no toda visión de conjunto por el hecho de serlo es buena, primero; y, segundo, no toda supera la fase de decir lo que se ha de hacer, sin hacer nada. Por tanto, algo de promesa incumplida sí hubo.

De todas maneras, y para terminar, no creo que ninguno seamos tan decisivos en la profesión. Los trabajos se multiplican y se hacen porque hay más gente que investiga: cómo se encuentra, cómo se pelea con su fuente, con lo que lee, con quien habla. Ni la multiplicación de temas se debió a que hubiera un manifiesto, o dos, o diez, porque cuatro personas lo decían; ni los trabajos son buenos o malos porque ahora alguien lo diga. Digo esto sin voluntad de retórica: de verdad lo hacemos en la medida en que trabajamos. No creo que tengamos que magnificar aquellos debates interpretativos ni ese tipo de cosas.